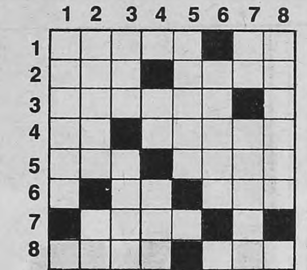
Con censura 21

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Cruel, inhumano. / Se dirige.
2. Beneficio, utilidad. / Cualquiera de las partes externas, movibles y carnosas de la boca.
3. Beneficiario de una beca.
4. Dios del Sol, en Egipto. / Guiso mal aderezado.
5. Indio del Chaco y las márgenes del Pilcomayo y del Bermejo. / Echan un barco al agua.
6. Nota musical. / Máquina para extraer o impulsar el agua.
7. Cavidad por la que se emite la voz, pl.
8. Globo, pelota. / Toca con los labios.

VERTICALES

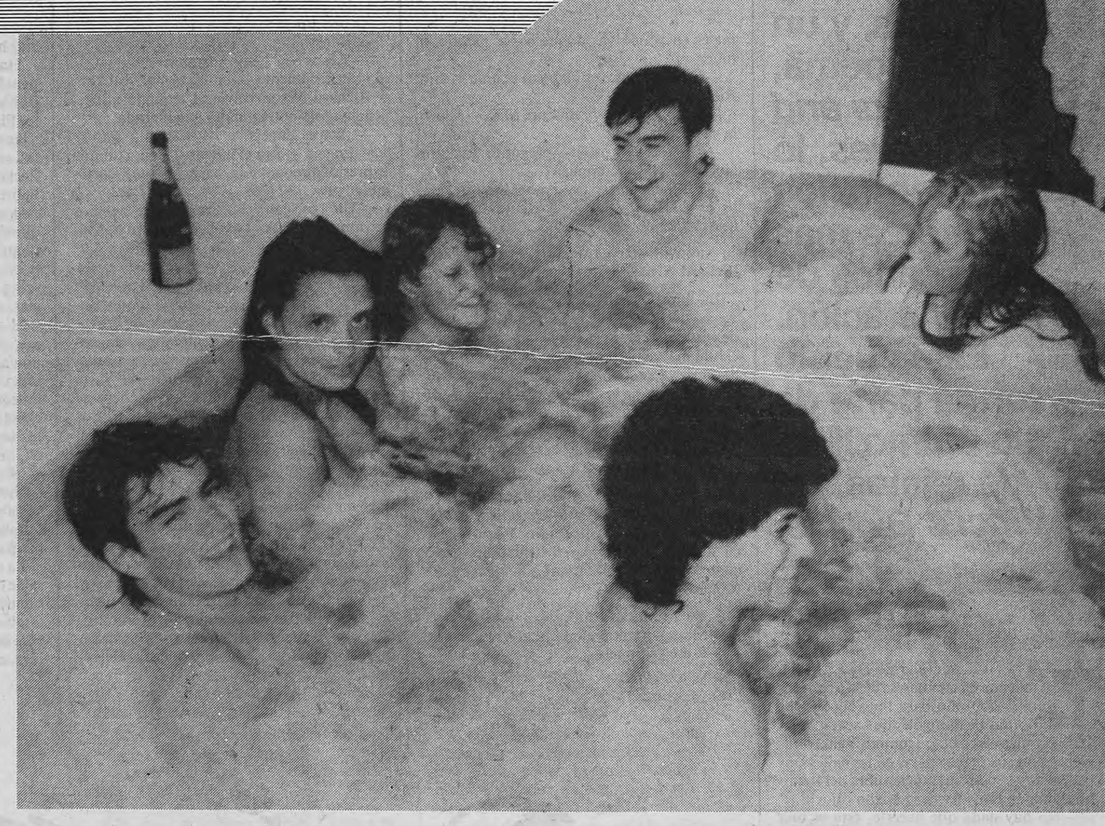
1. Franco, sincero.
2. Pidió, solicitó. / Tazón grande sin asas.
3. Medida de longitud aproximadamente igual al metro. / Nave, buque.
4. Arrope o zumo de frutas con miel o azúcar cocido. / Tomen líquidos.
5. Masa mineral inflamada que atraviesa la atmósfera y suele estallar en pedazos.
6. Interrupción del embarazo.
7. Percibí las imágenes. / Acudíamos.
8. Echa botones una planta.

SOLUCION 20

Letra censurada: La A.
Horizontales: 1) Macana / Pared. 2) Rosadas / Cía. 3) Añil / Tachar. 4) Noble. 5) Abeto / Loca. 6) Cara / Tare. 7) No / Resto. 8) Laso / Ira.
Verticales: 1) Maraña / Bacanal. 2) Coimeros. 3) Nasal. 4) Anotar. 5) Pasto / Aren. 6) Cabales. 7) Echalo / Tía. 8) Director.

Verano/12

Sueños de verano



ADIOS AL TANQUE AUSTRALIANO

(Por Miguel Briante) Desde la terraza del parador, hundido en el sillón de lona, vio cómo su hijo corría entre las carpas y los cuerpos estirados en la arena, hacia la casilla de los bañeros.

—Ocho años —contestó—. En abril cumple nueve.

Allá, a cincuenta metros, al lado de la casilla, Boris, enorme, con los brazos cruzados, miraba el mar. *"Bañero, no* —les había dicho Boris, el primer día— *guardavidas. Guardavidas de acá, de Monte Hermoso."*

La rubia y la morocha también eran de la zona. A los veintidós años, la rubia podía fruncir los grandes labios pintados color natural mientras se inclinaba para que él viera la sombra de sus pezones en la sombra del traje de baño enterizo que abajo le partía en dos el cuerpo, pero no podría nunca dejar de meterse las eses para adentro con ese suspiro pampa, tan regional.

—Por la conversación parece más —dijo la rubia—. *Habla como un hombrecito.*

—Es por la vida —dijo él, poniendo esa cara triste.

A la rubia se la había presentado Boris, el día anterior. "Campo, *leguas de campo. Padre diputado. Paisana vestida Ives Saint Laurent. Está sola en la casa del pueblo. Pero esperá que venga su amiga, mañana"*, había profetizado misterioso. La voz de la morocha (que ahora estaba ahí, con un dos piezas como dos calcomanías pegadas a su piel) era como su cuerpo: rotunda en los graves, como sus tetas; amplia y suave en las inflexiones, como en las corvas. Nacida en Bahía Blanca pero azafata internacional. No sabía por qué seguía viniendo a este pueblo de puritanos donde criticaban una simple tanga. Ella, en Cannes, en cualquier parte del mundo, hacía topless. Los ojos verdes de la rubia eran todo un reproche. La morocha había acariciado el largo pelo rubio de la rubia y había dicho: *"Vengo todos los años. Por mi chiquita"*. La mano se había desenredado del pelo para acariciar, suave, el hombro de la rubia.

Pierre Cardin no piensa en estas situaciones cuando diseña pantaloncitos de baño. Lo había pensado mientras la mano de la rubia bajaba, lenta, por el brazo de la rubia y él empezaba a sentir ese tirón conocido en la entrepierna. Por suerte había llegado su hijo, para avisar que se iba con Boris. Retomó.

—Por las situaciones que vivió —dijo, serio, y contó de un tirón una historia común, conmovedora. Los largos años de desgaste de su matrimonio, el divorcio, el juicio en el que su ex mujer ganó la tenencia del chico. Acentuó las vacaciones solitarias, sin poder estar con su hijo. *"Un abogado hábil. Con plata se puede todo"*, agregó, dramático.

—Pablo es profesor de literatura —explicó la rubia. Las miró, las comparó con la mujer de la que se había escapado: mayor, tirando a gorda, con esos ruleros que se ponía todas las noches cuando iban de veraneo, las cremas pegajosas. *"Era profesor"*, dijo. La morocha mandaba. *"Tortilleras no* —había dicho Boris—, después. *Fiesteras"*, dijo: *"Me cansé y escribí una novela. De amor feliz. Ubicada en el Amazonas, mucho verde, ríos, canoas, indios. La mandé a Estados Unidos y me la publicaron. Allá pagan muy bien. Contraté al mejor abogado. Demostré que ella estaba loca. Ahora tengo la tenencia. Compré una casa grande y la camioneta Bronco, que le gusta a mi hijo. Ahora estamos como Chaplin y el pibe, juntos, libres"*.

La densa voz de la morocha lo hizo pensar en la voz de su ex mujer, ese chillido. La morocha le estaba preguntando si el chico dormía la siesta y él dijo que sí. La morocha dijo que era una suerte. A las doce se iban ellos tres, y el chico, al campo de la rubia, que estaba cerca. Comían algo, y cuando el chico se durmiera se iban los tres al tanque australiano. *"A nadar en redondo* —decía la morocha, mientras acariciaba la mano de la rubia—, *los tres solos, ¿querés?"* Con la voz espesa, sedosa. *"No, ni Pierre Cardin ni ningún diseñador de pantaloncitos prevé estas situaciones"*, pensó.

Entonces tronó ese chillido y vio a la mujer ya casi gorda, con un principio de várice en las caderas abultadas. El chico trataba de soltarse de su mano, una garra.

"Otra vez lo dejaste solo, al chico, con ese atorrante de tu amigo el bañero. Y otra vez estás tomando gin-tonic. Y otra vez en ese departamento de porquería que elegiste se rompió el water. Y otra vez el docevé se descompuso. Y apenas nos quedan dos días porque tenés que ir a tomar examen a esa maldita facultad. No sé para qué querés cambiar de playa, si todos los veranos es igual."



Guy Davenport nació en Anderson, al sur de los Estados Unidos. Profesor en la Universidad de Kentucky, utiliza el tiempo que no dedica a sus clases de filosofía y poesía griega arcaica a la literatura. Sus dos libros de cuentos, y un largo poema, *Flowers and Leaves*, lo ubican entre los escritores más destacados de su generación. Este cuento forma parte de su último libro de relatos, *Da Vinci's Bicycle*.

RICHARD NIXON COMO FRANCOT

Por Guy Davenport

En la Gran Muralla de Diez Mil Li, iniciada en las guerras de la Primavera y el Otoño para impedir que las hordas de mongoles que acampaban cada vez más cerca de la frontera Yan irrumpieran con sus przhevalskis en las calles empedradas y los jardines de jenjibre del Reino Medio de la Flor, Richard Nixon dijo:

—No hay nada que hacerle, ésta es una gran muralla.

Invitado por el mariscal Yeh Chien-yin a inspeccionar una torre de vigilancia en las almenas, dijo:

—Hoy no subiremos a la parte alta.

En la limusina que volvía a la Ciudad Prohibida, dijo:

—Vale la pena recorrer dieciséis mil millas para ver la Muralla.

De las tumbas de los emperadores Ming, dijo:

—También vale la pena ver esto.

—El presidente Mao —aventuró el mariscal Yeh— dice que el pasado es el pasado.

A la traductora le costó expresar ese sentimiento, que en inglés perdía su mordacidad.

—¿Ya está todo? —preguntó Richard Nixon.

—Tenemos un poema —dijo el mariscal Yeh— que yo recitaré:

Crudo viento oeste / en el cielo empinado / gansos salvajes llaman / a la luna del alba. / Al alba fría / blanca de escarcha / cuando relincha el caballo / llama la trompeta. / No te ufanes / de que este duro paso / fue como hierro / bajo los pies. / Desde la cima / vemos cerros / y más allá / el sol rojo.

Richard Nixon se inclinó atentamente, sonriendo, para oír la traducción de la intérprete, la camarada Tang Wen-sheng, que había aprendido inglés en Brooklyn, donde había pasado la niñez.

—Ese tiene que ser un buen poema —dijo Richard Nixon.

—Un poema del presidente Mao —aclaró la camarada Tang.

—¿El escribió eso? —preguntó Richard Nixon—. ¿El lo compuso?

—En el duro paso de la montaña Lu —dijo el mariscal Yeh—. Durante la Larga Marcha, en febrero de 1935.

—¡Vaya! Pero qué interesante —dijo Richard Nixon—. Realmente interesante.

La limusina pasó frente a las altas paredes inclinadas de la Ciudad Prohibida, donde cartelones grandes como canchas de tenis exhibían leyendas que Richard Nixon no podía leer. Proclamaban, cartel tras cartel mientras pasaba la limusina: *Disturbios, fracaso. Nuevos disturbios, nuevo fracaso. El reaccionario imperialista causa disturbios y fracasa hasta su propia destrucción. Pensamiento del presidente Mao.*

La limusina paró en el Palacio del Dragón. Richard Nixon bajó. Guardias del Heroico Ejército Voluntario Popular se cuadraron. En una pared dentro del patio cuatro afiches altos llamaron la atención de Richard Nixon.

—Ese es Marx —dijo, señalando.

—Marx —repitió el mariscal Yeh.

—Y ese es Engels.

—Engels.

—Y esos son Lenin y Stalin.

—Precisamente —replicó el mariscal Yeh.

Richard Nixon volvió al segundo afiche, señalándolo con la mano enguantada.

—¿Ese es Engels?

—Engels —dijo el mariscal Yeh, con una expresión preocupada, excesivamente cortés en los ojos.

—En Norteamérica no se ven muchos retratos de Engels —explicó Richard Nixon.

Ese hombre que el viejo Toscanelli mandó a navegar hacia Japón y Catay yendo hacia el oeste desde Portugal, el genovés Colombo, han comentado en los Uffizi, ha vuelto por el Atlántico. *Una prova elegantissima!*, diría Benedetto Aritmético. Los aristotélicos se escandalizarán, *di quale si fanno beffa*. Los platónicos agitarán las faldas y congelarán el aire con las narices erguidas. *E una stella il monto!* Semejante a la luna, en verdad, redondo como un melón, rechoncho y verde. Oh, imaginaba esas *caravelle* embistiendo la sal y el oleaje bravío, el espantoso desierto de agua y la desolación para los ojos, hasta que las inimaginables aves marinas de Cipango revolotearon sobre las velas y las tejas rojas y las *pergole* de bambú de las ciudades mongoles se perfilaron sobre cabos y promontorios. Tierra adentro había caminos hacia Samarcanda, la India, Persia, Hungría, Helvecia, hasta volver a Toscana.

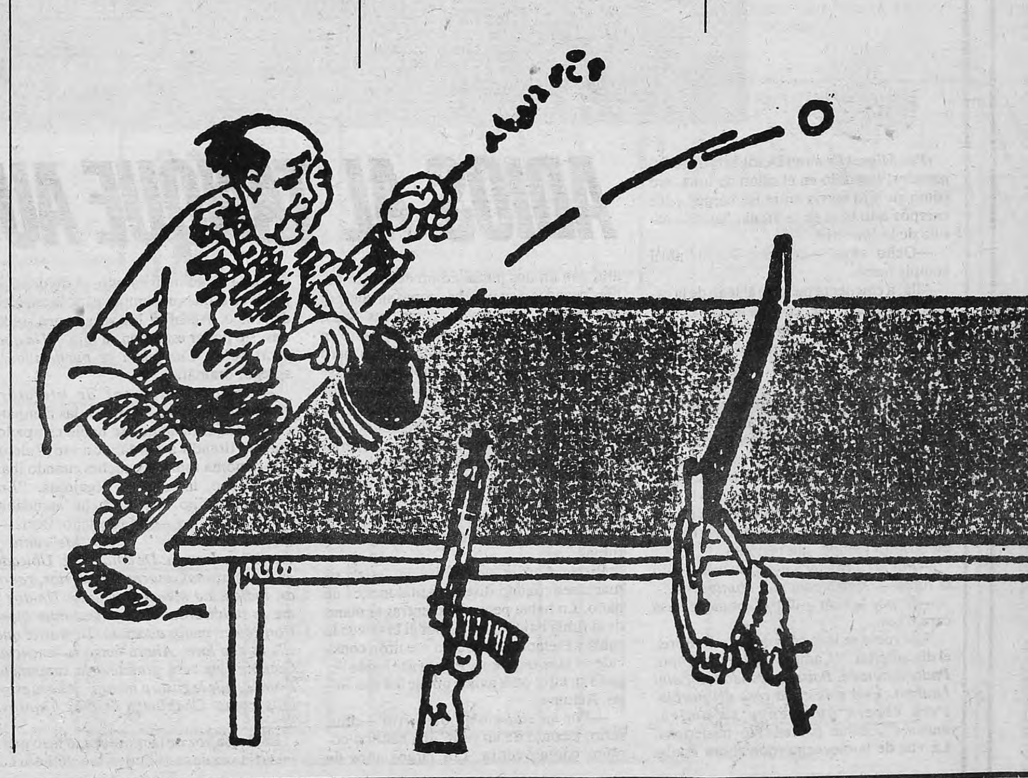
Había completado el viaje de los Magos pensó Leonardo mientras removía el bald de hierbas que Salai le había traído de Fiesole. Ellos habían venido del Este, astrólogos y las velas de Colombo, en estos días de seña les en que cada cosa que se movía debía declararse en favor de Dios o el Islam habrían llevado la cruz, cuando los filósofos de los medos no habían esperado para saber que ella sería eternamente, hasta el fin de los tiempos, el jeroglífico del bebé ante el cua habían dejado sus ofrendas en el oscuro pesebre. El mundo era un entramado de profecías, de luz.

Hierbas de Fiesole, icosaedros, cremalleras, poleas, yeso, mapas, laúdes, cepillos, una azuela, cuadrados mágicos, pigmentos una cabeza romana que Brunelleschi y Donatello le habían traído de sus excavaciones, el esqueleto de un pájaro: cuán bellamente la luz toscana le devolvía sus cosas cada mañana, aun si había tenido sueños agoreros.

Momentos, horas, días. ¿El hombre había hecho algo siquiera?

La vieja había traído el vino y el pan, y las cebollas. El y Toscanelli, pitagóricos, no comían carne.

La máquina estaba apoyada contra la mesa de trabajo, la *due rote*, inexplicablemente ofensiva en su diseño. Saccapane, el herrero estaba forjando la cadena que uniría las dos *rote dentate*. Impulsando los pedales con los pies se hacía girar la rueda dentada grande,



LECTURAS

Guy Davenport nació en Anderson, al sur de los Estados Unidos. Profesor en la Universidad de Kentucky, utiliza el tiempo que no dedica a sus clases de filosofía y poesía griega arcaica a la literatura. Sus dos libros de cuentos, y un largo poema, *Flowers and Leaves*, lo ubican entre los escritores más destacados de su generación. Este cuento forma parte de su último libro de relatos, *Da Vinci's Bicycle*.

RICHARD NIXON COMO FRANCOTIRADOR

Por Guy Davenport

En la Gran Muralla de Diez Mil Li, iniciada en las guerras de la Primavera y el Otoño para impedir que las hordas de mongoles que acampaban cada vez más cerca de la frontera Yan irrumpieran con sus przhevalskis en las calles empedradas y los jardines de jenjibre del Reino Medio de la Flor, Richard Nixon dijo:

—No hay nada que hacerle, ésta es una gran muralla.

Invitado por el mariscal Yeh Chien-yin a inspeccionar una torre de vigilancia en las almenas, dijo:

—Hoy no subiremos a la parte alta.

En la limusina que volvía a la Ciudad Prohibida, dijo:

—Vale la pena recorrer dieciséis mil millas para ver la Muralla.

De las tumbas de los emperadores Ming, dijo:

—También vale la pena ver esto.

—El presidente Mao —aventuró el mariscal Yeh— dice que el pasado es el pasado.

A la traductora le costó expresar ese sentimiento, que en inglés perdía su mordacidad.

—¿Ya está todo? —preguntó Richard Nixon.

—Tenemos un poema —dijo el mariscal Yeh— que yo recitaré:

Crudo viento oeste / en el cielo empinado / gansos salvajes llaman / a la luna del alba. / Al alba fría / blanca de escarcha / cuando relincha el caballo / llama la trompeta. / No te ufanes / de que este duro paso / fue como hierro / bajo los pies. / Desde la cima / vemos cerros / y más allá / el sol rojo.

Richard Nixon se inclinó atentamente, sonriendo, para oír la traducción de la intérprete, la camarada Tang Wen-sheng, que había aprendido inglés en Brooklyn, donde había pasado la niñez.

—Ese tiene que ser un buen poema —dijo Richard Nixon.

—Un poema del presidente Mao —aclaró la camarada Tang.

—¿El escribió eso? —preguntó Richard Nixon—. ¿El lo compuso?

—En el duro paso de la montaña Lu —dijo el mariscal Yeh—. Durante la Larga Marcha, en febrero de 1935.

—¡Vaya! Pero qué interesante —dijo Richard Nixon—. Realmente interesante.

La limusina pasó frente a las altas paredes inclinadas de la Ciudad Prohibida, donde cartelones grandes como canchas de tenis exhibían leyendas que Richard Nixon no podía leer. Proclamaban, cartel tras cartel mientras pasaba la limusina: *Disturbios, fracaso. Nuevos disturbios, nuevo fracaso. El reaccionario imperialismo causa disturbios y fracasa hasta su propia destrucción. Pensamiento del presidente Mao.*

La limusina paró en el Palacio del Dragón. Richard Nixon bajó. Guardias del Heroico Ejército Voluntario Popular se cuadraron. En una pared dentro del patio cuatro afiches altos llamaron la atención de Richard Nixon.

—Ese es Marx —dijo, señalando.

—Marx —repitió el mariscal Yeh.

—Y ese es Engels.

—Engels.

—Y esos son Lenin y Stalin.

—Precisamente —replicó el mariscal Yeh.

Richard Nixon volvió al segundo afiche, señalándolo con la mano enguantada.

—¿Ese es Engels?

—Engels —dijo el mariscal Yeh, con una expresión preocupada, excesivamente cortés en los ojos.

—En Norteamérica no se ven muchos retratos de Engels —explicó Richard Nixon.

Ese hombre que el viejo Toscanelli mandó a navegar hacia Japón y Catay yendo hacia el oeste desde Portugal, el genovés Colombo, han comentado en los Uffizi, ha vuelto por el Atlántico. *Una prova elegantissima!*, diría Benedetto Aritmético. Los aristotélicos se escandalizarán, *di quale si fanno beffa*. Los platónicos agitarán las faldas y congelarán el aire con las narices erguidas. *E una stella il monto!* Semejante a la luna, en verdad, redondo como un melón, rechoncho y verde. Oh, imaginaba esas *caravelle* embistiendo la sal y el oleaje bravío, el espantoso desierto de agua y la desolación para los ojos, hasta que las inimaginables aves marinas de Cipango revolotearon sobre las velas y las tejas rojas y las *pergole* de bambú de las ciudades mongoles se perfilaron sobre cabos y promontorios. Tierra adentro había caminos hacia Samarcanda, la India, Persia, Hungría, Helvecia, hasta volver a Toscana.

Había completado el viaje de los Magos, pensó Leonardo mientras removía el balde de hierbas que Salai le había traído de Fiesole. Ellos habían venido del Este, astrólogos, y las velas de Colombo, en estos días de señales en que cada cosa que se movía debía declararse en favor de Dios o el Islam, habrían llevado la cruz, cuando los filósofos de los medos no habían esperado para saber que ella sería eternamente, hasta el fin de los tiempos, el jeroglífico del bebé ante el cual habían dejado sus ofrendas en el oscuro pesebre. El mundo era un entramado de profecías, de luz.

Hierbas de Fiesole, icosaedros, cremalleras, poleas, yeso, mapas, laúdes, cepillos, una azuela, cuadrados mágicos, pigmentos, una cabeza romana que Brunelleschi y Donatello le habían traído de sus excavaciones, el esqueleto de un pájaro: cuán bellamente la luz toscana le devolvía sus cosas cada mañana, aun si había tenido sueños agoreros.

Momentos, horas, días. ¿El hombre había hecho algo siquiera?

La vieja había traído el vino y el pan, y las cebollas. El y Toscanelli, pitagóricos, no comían carne.

La máquina estaba apoyada contra la mesa de trabajo, la *due rote*, inexplicablemente ofensiva en su diseño. Saccapane, el herrero, estaba forjando la cadena que uniría las dos *rote dentate*. Impulsando los pedales con los pies se hacía girar la rueda dentada grande, que movía hacia adelante la cadena, diente por diente, haciendo que la rueda más pequeña moviera la *rota* trasera, empujando así toda la máquina hacia adelante. Mientras la máquina estuviera en movimiento, el conductor haría equilibrio. El movimiento de avance compensaría la tendencia a caer a la derecha o la izquierda, como el caudal del río impide al bote ir a la deriva.

¡Si tan sólo supiera idiomas! Podría denominar sus máquinas como las habría llamado Arquímedes, con las palabras antiguas. Llamaba a su máquina voladora el pájaro, *l'uccello*. Benedetto decía que los griegos lo habrían llamado *ornitottero*, alas de pájaro.

Con extravagancia y precisión, la luz, espejo de sí misma, *atomo per atomo* en su salto desde la abrupta materia hasta la gelatina del ojo, se derramaba de ventanas altas sobre la máquina de dos ruedas. El jinete aferraría cuernos instalados en la horquilla donde estaba fijada la rueda delantera y así se guiaría con nerviosa y precisa meticulosidad. De pronto imaginó a los Sforza yendo a la batalla en su máquina, una falange de ellas cargando jinetes con la lanza en ristre. *Avanti, O Coraggiosi,* gritaría la trompeta, *tambureggiandi le bacchette delli tamburi di battaglia.*

Entró el pícaro Salai.

—¡Maestro! —gorjeó—. ¡La has terminado!

Leonardo recogió a Salai, el muchacho moreno, lo alzó como una bolsa de harina, y bailó los pasos largos y gráciles de una sarabanda.

—*Sí, Cupidello mío, tutto sennonchè manca la catena.*

—¿Y luego podré hacerla andar, montarla como un caballo?

—Como el viento, como el ángel de Ezequiel, como los caballos de Ancona.

Salai se zafó y se arrodilló ante la extraña máquina, tocando los pedales, los rayos de mimbre, la silla, las ruedas dentadas sobre las que iría la cadena, *i vinci*.

—*Como Leone.*

Se volvió al canasto de hierbas en flor, tomando su lápiz de plata. ¡Brácteas y umbelas delgadas como patas de araña! Y en las venillas verdes corrían hilillos de agua, y por los hilillos de agua corría luz, hasta la oscuridad, hasta la raíz. Luz de las estrellas más remotas circulaba por estas largas hojas. Había visto huellas de hojas de la época del diluvio en rocas de la montaña, y allí había visto conchillas del mar.

—Maestro —dijo Salai—, ¿cuándo estará preparada la cadena?

—¿Cadena? —preguntó Leonardo—. ¿Qué cadena?

Dibujó con la mano izquierda un remolino plateado de hierba. Lo que dibujaba era gracia y perfección, hojas frágiles por las cuales se movía todo el poder de Dios, y cuando una efímera se posa en un verde arco de hierba el esplendor de esa conjunción no es inferior a San Gabriele erguido en la gran cúpula de Bizancio, cerrando la plata molida y la lana de vidrio de sus cuatro alas sobre el tallo áureo de su altura.

—¡La cadena! —dijo Salai—. ¡La cadena!

¿El hombre sabía algo siquiera?

Antes de volar a China, Richard Nixon ordenó que mil blancos de Laos y Camboya fueran bombardeados por escuadrillas de aviones B-52. Envió mil, ciento veinticinco escuadrillas de bombarderos para silenciar las armas de largo alcance de Vietnam del Norte a lo largo de la frontera de la zona desmilitarizada. Richard Nixon estaba complacido con el bombardeo, sabiendo que el presidente Mao quedaría impresionado por semejante poder. El doctor Kissinger había recomendado a Richard Nixon las ciento veinticinco escuadrillas de bombarderos como algo que impresionaría el presidente Mao. Las bombas llovían como granizo en una tormenta de verano cuando Richard Nixon aterrizó en China, sonriendo. Una banda tocó *La marcha de los voluntarios*. El primer Chou En-lai no se adelantó. Richard Nixon tuvo que caminar hasta donde el premier Chou esperaba sonriendo. Se dieron la mano.

—Vinimos por Guam —dijo Richard Nixon—. Es mejor así.

—¿Ha tenido un buen viaje? —preguntó el premier Chou.

—Usted debería saberlo —dijo Richard Nixon—. Usted viaja a menudo.

Richard Nixon viajó en limusina a Taio Yu Tai, frente a la Ciudad Prohibida. En cuanto llegó a su habitación, sonó el teléfono.

—¿Quién me llamará en China? —preguntó.

El doctor Kissinger atendió el teléfono.

—¿Sí? —dijo.

—¿Excelencia Kissinger? —preguntó una voz—. ¿Están ustedes allí?

—Estamos aquí —dijo el doctor Kissinger.

—¿Está su excelencia el presidente Nixon?

—Está aquí —dijo el doctor Kissinger, quitándose los zapatos.

—¿Puede su excelencia Nixon venir al teléfono?

—Claro —dijo el doctor Kissinger—. Para ti, Dick.

Richard Nixon tomó el teléfono, se lo acercó a la oreja, y miró el cielo raso, donde dragones rojos nadaban entre nubes perladas.

—Aquí Nixon —dijo.

—¿Habla excelencia presidente Nixon?

—El mismo —dijo Richard Nixon—. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Habla usted con el camarada secretario Wang.

Una nueva voz apareció en la línea.

—El presidente Mao invita a usted a visitarlo, ahora —dijo.

—¿Ahora? —preguntó el presidente Nixon—. Acabamos de bajar del avión. Vinimos por Guam.

—Ahora —dijo el teléfono—. Venga a visitar. ¿Sí?

—De acuerdo —dijo Richard Nixon—. Iremos. ¿Nos pasarán a buscar?

La línea había callado.

—Hijo de puta —dijo Richard Nixon.

El doctor Kissinger se hamacó sobre los talones sonriendo de oreja a oreja.

Cosas, botones, dedales, encaje. La hierba crece hasta las piedras, el camino. Hay flores en la hierba y flores en su vestido. Y botones en su vestido, y encaje en el cuello y los puños y el dobladillo. Y botones en sus zapatos. En el Luxemburgo ella usa un chal de Segovia y Pablo dice que parece una mujer española de la vieja escuela, cuando las mujeres eran severas y bien educadas y amables, y yo digo que parece un oficial del ejército de la Unión. Cantamos "The Trail of the Lonesome Pine", que ella toca en el piano, mechando partes de "Marching Through Georgia" y "Alexander's Ragtime Band". Tiene la nariz de Pumpelly, manos de santa española.

En Francia usa un sombrero amarillo, en Italia un panamá. Alice, digo, Asís, la hierba de Asís, y las hojas de Sassetta. Caminamos gozosamente en las piedras, oyendo las campanas que llaman a las monjas y las muchachas de la escuela. Es tan tranquilo, dice ella, tranquilizándose para decir que es tranquilo. España es una naturaleza muerta, digo, sólo Italia es paisaje. Los pájaros, dice ella. San Francisco, digo yo. Cada sufrimiento de los pájaros es como una vida de sufrimiento pues lo olvidan mientras lo padecen. Nosotros recordamos el sufrimiento años y años. No hables de cosas viejas, dice ella. Ya no existe el tiempo, sólo el ahora. No, digo yo, si puedes oír como yo las trompetas y ver las banderas rojas.

Y podía, puedo, siempre puedo. Los oficiales están montados en sus caballos y los estandartes con sus números victorianos y sus rojos desleídos avanzan a la cabeza de la columna. Es una vieja costumbre de los hombres, sucedió en Austerlitz y Sebastopol. Los generales, erguidos en los caballos, escuchan la banda, los gritos de los sargentos. Es la gloria. Cuando Leo se fue, trotamos por la habitación como caballos, y Basket nos seguía. Yo era el general y Alice era el oficial y Basket era el caballo, y todos juntos éramos Napoleón. Eramos negritas bailando ante los mayores en un sábado de Alabama, éramos Barnum y Bailey y la Gran Rata de Sumatra yendo en procesión a Chantilly para ver el encaje y la crema.

Es tranquilo, dice ella, y yo digo, Alice, mira las flores. Sí, dice ella. Sí, digo yo. No es elegante decir y repetir *sí* cuando queremos decir otra cosa y ella fue detrás de un arbusto y se aflojó las ballenas y la camisola y emergió desvergonzadamente de la pila crujiente que formaban sobre sus zapatos abotonados y yo dije *sí*, aquí donde caminó San Francisco, Alice, te das cuenta de que vinimos a Asís porque tú naciste en San Francisco y éste es el pueblo natal de San Francisco y ella dice estoy envolviendo mi ropa interior en el chal, ¿crees que alguien se dará cuenta?

Tejas rojas, musgo, palomas. Bebemos vino bajo los árboles, aunque hace demasiado calor para beber vino. Bien, digo, aquí estamos. Sí, dice ella, aquí estamos, y ríe con los ojos y sonríe como un oficial apuesto que fue convocado al cuartel y vio al general Grant y se complace en complacer, tan bien criado es.

Esto no es de Fouquet, digo. Por cierto que no, dice ella. Le toco el pie con mi pie, ella me toca el pie con su pie. Los grillos cantan alrededor, gratos como Stravinsky. Si España es una naturaleza muerta, ¿qué es Italia? Aquí venían, dije, los grandes poetas antiguos, porque las mujeres tienen esos ojos. Sin duda no para ver a los gatos, dice Alice. No, digo, no por los gatos. Henry James vino aquí por el tono. William podría venir aquí y no ver nunca el tono. William, si viniera, estudiaría las proporciones y no miraría los gatos. Pasan una princesa y un carro, Henry ve la princesa y William ve la rueda del carro, su perfecta proporción con la lengua y el cuerpo.

Cuando hablas, dice ella, me estremezco toda, hay cosas que me tiritan adentro. Cuando sonríes, digo, muerdo duraznos y Casals toca a Corelli y mi alma es un pájaro entre cerezas. Hablemos y sonriamos eternamente. Esta es la eternidad, dice Alice. Es tan tranquilo. Mira el polvo, digo. ¿Lo recorrerías descalza? Otra copa de vino, dice ella, y volaré sobre el campanario. ¿Tenías un piano de palo de rosa en San Francisco?, pregunto. Con un busto de Liszt encima, dice ella, y un jarrón de caléndulas.

Mira estos colores y verás por qué Sassetta era Sassetta. ¿Volveremos a Inglaterra, dice ella, para sentarnos en las catedrales? Mira estas colinas y sabrás por qué San Francisco era San Francisco.

Las rosas, dice ella, son muy viejas. Son las rosas de Ovidio, digo. Son las únicas rosas que son rojas. Si supiera decir rojo en latín, lo diría, si supiera decir rosa en latín, lo diría, si supiera cómo nombrar en latín el único rojo y la rosa más antigua, lo haría. Si fuera Ovidio, te daría una rosa y diría que es un don para tus ojos. Yo la aceptaría, dice ella. Me alegro, digo tocándole el pie con mi pie. La rosa de Sassetta, la rosa de Pablo.

Madame Matisse es una genciana, dice ella, tocándome el pie con el pie. ¿Todas las mujeres son flores, todas? Henri Rousseau estaba casado con un girasol, Cézanne con un peral.

Alice, digo. Sí, general Grant, dice ella. Negrita, digo. César Augusto, dice ella. ¿Ves esos pinos allá, los que parecen William McKinley exhortando al Partido Republicano? No deben mencionarle McKinley a Pablo, él piensa que pisoteó el honor de España. Lo hizo, digo yo, es el estilo norteamericano. Pero los pinos, Alice, los pinos. Los veo, dice ella, han tenido una vida difícil. ¿Ves, digo, el bronce de las agujas al pie, y sabes el perfume de resina y polvo y tierra vieja que aspiraríamos si trepáramos allá? He empezado a estremecerme, dice ella. Y ahora mira las rocas, las rocas cubistas, por las laderas bajo los pinos, y los tejados rojos, y los pollos en aquel corral, los cestos. Veo todo eso, dice ella. ¿Y habiéndolo visto, Alice? Está allí para ser visto, dice. Esa es la respuesta, digo. También es la pregunta.

Mao estaba sentado en su sillón rojo con una expresión benigna y divertida. Richard Nixon se hundió demasiado en su sillón, y los codos le llegaban a las orejas. Sonreía. No veía las pilas de revistas, los estantes repletos de libros, los fajos de carpetas, los recipientes con pinceles para escribir. Sonreía a Mao y a Kissinger, a quien Mao había llamado un Metternich moderno. Los reporteros habían anotado esas palabras.

La habitación atestada era oscura. La escasa luz llegaba de ventanas altas que daban a un patio tan lúgubre como el patio de juegos de una escuela de gramática. La traductora dijo que el presidente Mao había preguntado sobre la hegemonía.

—Estamos a favor de ella —dijo Richard Nixon.

—Sus asistentes son muy jóvenes —dijo el presidente Mao.

—¿De veras? —preguntó Richard Nixon.

—Debemos aprender de ustedes en ese aspecto —dijo el presidente Mao—. Nuestro gobierno está integrado por viejos.

Richard Nixon no supo qué decir.

—Viejos —dijo el presidente Mao—, pero están aquí, aún aquí.

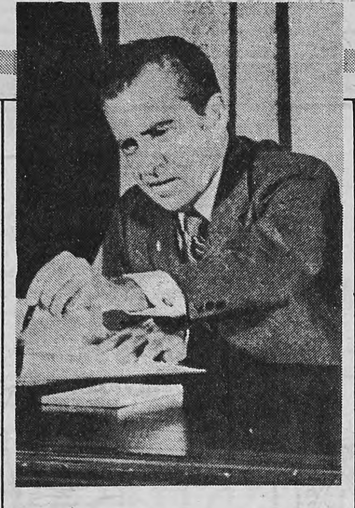
—El mundo nos mira —dijo Richard Nixon.

—Querrá usted decir Taiwan —dijo el presidente Mao.

—No —dijo Richard Nixon, sonriendo—, el mundo, el mundo entero. Todos están mirando televisión.

El presidente Mao sonrió y se reclinó en su cómodo sillón.

—Ah sí —dijo—, el mundo.



TIRADOR

que movía hacia adelante la cadena, diente por diente, haciendo que la rueda más pequeña moviera la *rota* trasera, empujando así toda la máquina hacia adelante. Mientras la máquina estuviera en movimiento, el conductor haría equilibrio. El movimiento de avance compensaría la tendencia a caer a la derecha o la izquierda, como el caudal del río impide al bote ir a la deriva.

¡Si tan sólo supiera idiomas! Podría denominar sus máquinas como las habría llamado Arquímedes, con las palabras antiguas. Llamaba a su máquina voladora el pájaro, *l'uccello*. Benedetto decía que los griegos lo habrían llamado *ornitottero*, alas de pájaro.

Con extravagancia y precisión, la luz, espejo de sí misma, *atomo per atomo* en su salto desde la abrupta materia hasta la gelatina del ojo, se derramaba de ventanas altas sobre la máquina de dos ruedas. El jinete aferraría cuernos instalados en la horquilla donde estaba fijada la rueda delantera y así se guiaría con nerviosa y precisa meticulosidad. De pronto imaginó a los Sforza yendo a la batalla en su máquina, una falange de ellas cargando jinetes con la lanza en ristre. *Avanti, O Coraggiosi*, gritaría la trompeta, *tambureggiandi le bacchette delli tamburi di battaglia*.

Entró el pícaro Salai.

—¡Maestro! —gorjeó—. ¡La has terminado!

Leonardo recogió a Salai, el muchacho moreno, lo alzó como una bolsa de harina, y



bailó los pasos largos y gráciles de una sarabanda.

—*Sí, Cupidello mío, tutto sennonchè manca la catena.*

—¿Y luego podré hacerla andar, montarla como un caballo?

—Como el viento, como el ángel de Ezequiel, como los caballos de Ancona.

Salai se zafó y se arrodilló ante la extraña máquina, tocando los pedales, los rayos de mimbre, la silla, las ruedas dentadas sobre las que iría la cadena, *i vinci*.

—*Como Leone.*

Se volvió al canasto de hierbas en flor, tomando su lápiz de plata. ¡Brácteas y umbelas delgadas como patas de araña! Y en las venillas verdes corrían hilillos de agua, y por los hilillos de agua corría luz, hasta la oscuridad, hasta la raíz. Luz de las estrellas más remotas circulaba por estas largas hojas. Había visto huellas de hojas de la época del diluvio en rocas de la montaña, y allí había visto conchillas del mar.

—Maestro —dijo Salai—, ¿cuándo estará preparada la cadena?

—¿Cadena? —preguntó Leonardo—. ¿Qué cadena?

Dibujó con la mano izquierda un remolino plateado de hierba. Lo que dibujaba era gracia y perfección, hojas frágiles por las cuales se movía todo el poder de Dios, y cuando una efímera se posa en un verde arco de hierba el esplendor de esa conjunción no es inferior a San Gabriele erguido en la gran cúpula de Bizancio, cerrando la plata molida y la lana de vidrio de sus cuatro alas sobre el tallo áureo de su altura.

—¡La cadena! —dijo Salai—. ¡La cadena!

¿El hombre sabía algo siquiera?

Antes de volar a China, Richard Nixon ordenó que mil blancos de Laos y Camboya fueran bombardeados por escuadrillas de aviones B-52. Envió mil, ciento veinticinco escuadrillas de bombarderos para silenciar las armas de largo alcance de Vietnam del Norte a lo largo de la frontera de la zona desmilitarizada. Richard Nixon estaba complacido con el bombardeo, sabiendo que el presidente Mao quedaría impresionado por semejante poder. El doctor Kissinger había recomendado a Richard Nixon las ciento veinticinco escuadrillas de bombarderos como algo que impresionaría el presidente Mao. Las bombas llovían como granizo en una tormenta de verano cuando Richard Nixon aterrizó en China, sonriendo. Una banda tocó *La marcha de los voluntarios*. El primer Chou En-lai no se adelantó. Richard Nixon tuvo que caminar hasta donde el premier Chou esperaba sonriendo. Se dieron la mano.

—Vinimos por Guam —dijo Richard Nixon—. Es mejor así.

—¿Ha tenido un buen viaje? —preguntó el premier Chou.

—Usted debería saberlo —dijo Richard Nixon—. Usted viaja a menudo.

Richard Nixon viajó en limusina a Taio Yu Tai, frente a la Ciudad Prohibida. En cuanto llegó a su habitación, sonó el teléfono.

—¿Quién me llamará en China? —preguntó.

El doctor Kissinger atendió el teléfono.

—¿Sí? —dijo.

—¿Excelencia Kissinger? —preguntó una voz—. ¿Están ustedes allí?

—Estamos aquí —dijo el doctor Kissinger.

—¿Está su excelencia el presidente Nixon?

—Está aquí —dijo el doctor Kissinger, quitándose los zapatos.

—¿Puede su excelencia Nixon venir al teléfono?

—Claro —dijo el doctor Kissinger—. Para ti, Dick.

Richard Nixon tomó el teléfono, se lo acercó a la oreja, y miró el cielo raso, donde dragones rojos nadaban entre nubes perladas.

—Aquí Nixon —dijo.

—¿Habla excelencia presidente Nixon?

—El mismo —dijo Richard Nixon—. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Habla usted con el camarada secretario Wang.

Una nueva voz apareció en la línea.

—El presidente Mao invita a usted a visitarlo, ahora —dijo.

—¿Ahora? —preguntó el presidente Nixon—. Acabamos de bajar del avión. Vinimos por Guam.

—Ahora —dijo el teléfono—. Venga a visitar. ¿Sí?

—De acuerdo —dijo Richard Nixon—. Iremos. ¿Nos pasarán a buscar?

La línea había callado.

—Hijo de puta —dijo Richard Nixon.

El doctor Kissinger se hamacó sobre los talones sonriendo de oreja a oreja.

Cosas, botones, dedales, encaje. La hierba crece hasta las piedras, el camino. Hay flores en la hierba y flores en su vestido. Y botones en su vestido, y encaje en el cuello y los puños y el dobladillo. Y botones en sus zapatos. En el Luxemburgo ella usa un chal de Segovia y Pablo dice que parece una mujer española de la vieja escuela, cuando las mujeres eran severas y bien educadas y amables, y yo digo que parece un oficial del ejército de la Unión. Cantamos "The Trail of the Lonesome Pine", que ella toca en el piano, mechando partes de "Marching Through Georgia" y "Alexander's Ragtime Band". Tiene la nariz de Pumpelly, manos de santa española.

En Francia usa un sombrero amarillo, en Italia un panamá. Alice, digo, Asís, la hierba de Asís, y las hojas de Sassetta. Caminamos gozosamente en las piedras, oyendo las campanas que llaman a las monjas y las muchachas de la escuela. Es tan tranquilo, dice ella, tranquilizándose para decir que es tranquilo. España es una naturaleza muerta, digo, sólo Italia es paisaje. Los pájaros, dice ella. San Francisco, digo yo. Cada sufrimiento de los pájaros es como una vida de sufrimiento pues lo olvidan mientras lo padecen. Nosotros recordamos el sufrimiento años y años. No hables de cosas viejas, dice ella. Ya no existe el tiempo, sólo el ahora. No, digo yo, si puedes oír como yo las trompetas y ver las banderas rojas.

Y podía, puedo, siempre puedo. Los oficiales están montados en sus caballos y los estandartes con sus números victorianos y sus rojos desleídos avanzan a la cabeza de la columna. Es una vieja costumbre de los hombres, sucedió en Austerlitz y Sebastopol. Los generales, erguidos en los caballos, escuchan la banda, los gritos de los sargentos. Es la gloria. Cuando Leo se fue, trotamos por la habitación como caballos, y Basket nos seguía. Yo era el general y Alice era el oficial y Basket era el caballo, y todos juntos éramos Napoleón. Eramos negritas bailando ante los mayores en un sábado de Alabama, éramos Barnum y Bailey y la Gran Rata de Sumatra yendo en procesión a Chantilly para ver el encaje y la crema.

Es tranquilo, dice ella, y yo digo, Alice, mira las flores. Sí, dice ella. Sí, digo yo. No es elegante decir y repetir *sí* cuando queremos decir otra cosa y ella fue detrás de un arbusto y se aflojó las ballenas y la camisola y emergió desvergonzadamente de la pila crujiente que formaban sobre sus zapatos abotonados y yo dije *sí*, aquí donde caminó San Francisco, Alice, te das cuenta de que vinimos a Asís porque tú naciste en San Francisco y éste es el pueblo natal de San Francisco y ella dice estoy envolviendo mi ropa interior en el chal, ¿crees que alguien se dará cuenta?

Tejas rojas, musgo, palomas. Bebemos vino bajo los árboles, aunque hace demasiado calor para beber vino. Bien, digo, aquí estamos. Sí, dice ella, aquí estamos, y ríe con los ojos y sonríe como un oficial apuesto que fue convocado al cuartel y vio al general Grant y se complace en complacer, tan bien criado es.

Esto no es de Fouquet, digo. Por cierto que no, dice ella. Le toco el pie con mi pie, ella me toca el pie con su pie. Los grillos cantan alrededor, gratos como Stravinsky. Si España es una naturaleza muerta, ¿qué es Italia? Aquí venían, dije, los grandes poetas antiguos, porque las mujeres tienen esos ojos. Sin duda no para ver a los gatos, dice Alice. No, digo, no por los gatos. Henry James vino aquí por el tono. William podría venir aquí y no ver nunca el tono. William, si viniera, estudiaría las proporciones y no miraría los gatos. Pasan una princesa y un carro, Henry ve la princesa y William ve la rueda del carro, su perfecta proporción con la lengua y el cuerpo.

Cuando hablas, dice ella, me estremezco toda, hay cosas que me tiritan adentro. Cuando sonríes, digo, muerdo duraznos y Casals toca a Corelli y mi alma es un pájaro entre cerezas. Hablemos y sonriamos eternamente. Esta es la eternidad, dice Alice. Es tan tranquilo. Mira el polvo, digo. ¿Lo recorrerías descalza? Otra copa de vino, dice ella, y volaré sobre el campanario. ¿Tenías un piano de palo de rosa en San Francisco?, pregunto. Con un busto de Liszt encima, dice ella, y un jarrón de caléndulas.

Mira estos colores y verás por qué Sassetta era Sassetta. ¿Volveremos a Inglaterra, dice ella, para sentarnos en las catedrales? Mira estas colinas y sabrás por qué San Francisco era San Francisco.

Las rosas, dice ella, son muy viejas. Son las rosas de Ovidio, digo. Son las únicas rosas que son rojas. Si supiera decir rojo en latín, lo diría, si supiera decir rosa en latín, lo diría, si supiera cómo nombrar en latín el único rojo y la rosa más antigua, lo haría. Si fuera Ovidio, te daría una rosa y diría que es un don para tus ojos. Yo la aceptaría, dice ella. Me alegro, digo tocándole el pie con mi pie. La rosa de Sassetta, la rosa de Pablo.

Madame Matisse es una genciana, dice ella, tocándome el pie con el pie. ¿Todas las mujeres son flores, todas? Henri Rousseau estaba casado con un girasol, Cézanne con un peral.

Alice, digo. Sí, general Grant, dice ella. Negrita, digo. César Augusto, dice ella. ¿Ves esos pinos allá, los que parecen William McKinley exhortando al Partido Republicano? No deben mencionarle McKinley a Pablo, él piensa que pisoteó el honor de España. Lo hizo, digo yo, es el estilo norteamericano. Pero los pinos, Alice, los pinos. Los veo, dice ella, han tenido una vida difícil. ¿Ves, digo, el bronce de las agujas al pie, y sabes el perfume de resina y polvo y tierra vieja que aspiraríamos si trepáramos allá? He empezado a estremecerme, dice ella. Y ahora mira las rocas, las rocas cubistas, por las laderas bajo los pinos, y los tejados rojos, y los pollos en aquel corral, los cestos. Veo todo eso, dice ella. ¿Y habiéndolo visto, Alice? Está allí para ser visto, dice. Esa es la respuesta, digo. También es la pregunta.

Mao estaba sentado en su sillón rojo con una expresión benigna y divertida. Richard Nixon se hundió demasiado en su sillón, y los codos le llegaban a las orejas. Sonreía. No veía las pilas de revistas, los estantes repletos de libros, los fajos de carpetas, los recipientes con pinceles para escribir. Sonreía a Mao y a Kissinger, a quien Mao había llamado un Metternich moderno. Los reporteros habían anotado esas palabras.

La habitación atestada era oscura. La escasa luz llegaba de ventanas altas que daban a un patio tan lúgubre como el patio de juegos de una escuela de gramática. La traductora dijo que el presidente Mao había preguntado sobre la hegemonía.

—Estamos a favor de ella —dijo Richard Nixon.

—Sus asistentes son muy jóvenes —dijo el presidente Mao.

—¿De veras? —preguntó Richard Nixon.

—Debemos aprender de ustedes en ese aspecto —dijo el presidente Mao—. Nuestro gobierno está integrado por viejos.

Richard Nixon no supo qué decir.

—Viejos —dijo el presidente Mao—, pero están aquí, aún aquí.

—El mundo nos mira —dijo Richard Nixon.

—Querrá usted decir Taiwan —dijo el presidente Mao.

—No —dijo Richard Nixon, sonriendo—, el mundo, el mundo entero. Todos están mirando televisión.

El presidente Mao sonrió y se reclinó en su cómodo sillón.

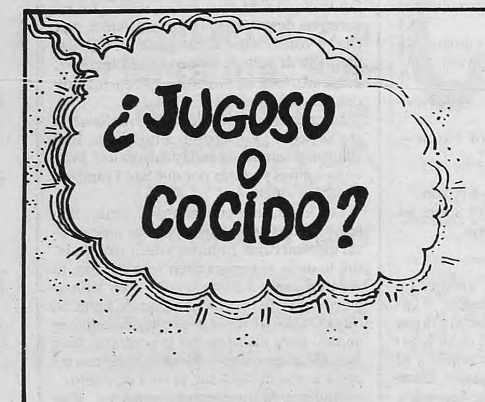
—Ah sí —dijo—, el mundo.

LOS MONJITOS

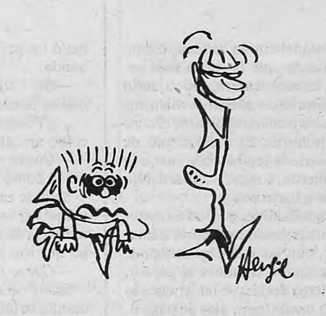
Por **HENFIL**











GARAY EDICIONES

JUEGOS

21 "LA SOPA DEL 7"

A	F	T	Y	U	I	L	K	O	P
L	A	V	E	L	L	A	N	A	M
O	T	A	B	S	I	T	R	E	L
S	U	Ñ	R	P	A	O	G	A	R
D	F	E	S	D	B	L	D	E	O
O	Z	R	N	U	N	L	T	N	E
A	H	U	G	T	M	E	N	U	A
F	E	C	L	I	U	B	M	Ñ	U
Z	I	M	A	H	S	I	A	L	B
O	Ñ	P	A	T	E	T	E	L	A
L	D	C	I	J	S	O	S	C	E
E	A	N	S	A	D	I	N	F	O
C	J	E	C	R	M	H	P	H	A

Encuentre los nombres de 7 frutos secos que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

21 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1					
2	R				
3					
4					
5					
6			N		
7					
8					E
9					

DEFINICIONES

1. Acción de captar.
2. Se apodera de una persona para pedir rescate por ella.
3. Anda con el cuerpo por el suelo como los reptiles.
4. Alquiler.
5. Planta herbácea muy aromática.
6. Cubrecamas.
7. Acción de montar.
8. Montaña aislada.
9. Religioso que vive en un monasterio.

21 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
1	8	4	9	1	0
3	6	2	7	2	0
5	1	2	6	0	2
5	6	3	7	2	0

				B	R
				4	0
1	9	0	2	1	0
2	8	3	5	2	0
4	0	7	8	0	2
6	3	9	5	2	0

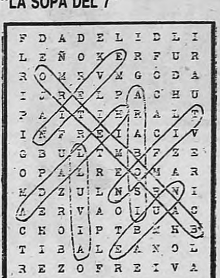
SOLUCIONES

20

"TRANSFORMACION"

SUSTO
GUSTO
GASTO
PASTO
PARTO
PARTA
CARTA
CARLA
DARLA

"LA SOPA DEL 7"



"NUMERO OCULTO"

1. 2319
2. 3086